

San José, Costa Rica

15 Febrero de 1911

# RENOVACIÓN

Año I

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA  
PEDAGOGÍA RACIONALISTA

Núm. 3



ANSELMO LORENZO

## BIOGRAFÍA DE ANSELMO LORENZO

Nació en Toledo el 21 de abril de 1842, en una familia pobre y numerosa: tenía el número 15 entre los 19 hijos que unió á uno y casi actualmente fué dando á luz su buena madre, y que luego se iban muriendo por efecto de las privaciones.

Trasladada su familia á Madrid, Lorenzo se dedicó á la tipografía. Por muerte de su padre, y siendo el único hijo varón que vivía con su madre, se libró del servicio de las armas.

En la conmoción producida por la revolución de 1868 estuvo á punto de ser protegido por los protestantes ingleses, que querían dedicarle á la implantación del protestantismo en España, pero habiéndose puesto en contacto con Fanelli, que vino á España á implantar la Asociación Internacional de los Trabajadores, á la propaganda del socialismo se dedicó con entusiasmo y actividad.

Formó parte del núcleo organizador de La Internacional en Madrid, fué redactor de *La Solidaridad*, primer periódico obrero internacional de España, publicado en Madrid en 1869. Fué delegado al primer congreso obrero español, celebrado en Barcelona en junio de 1870. Fué miembro del primer consejo federal de la Federación española de La Internacional en España. Por efecto de las primeras persecuciones contra la propaganda socialista en Madrid hubo de emigrar á Portugal, logrando contribuir á la fundación en Lisboa del primer núcleo socialista Internacional. Vuelto á España, asistió á la Conferencia Socialista de Valencia, 1871, donde se le nombró para el segundo Consejo Federal, y asistió como delegado español á la conferencia internacional de Londres 1871; asistió al Congreso de Zaragoza, 1872, en el que se le nombró para el tercer Consejo Federal que había de residir en Valencia, de cuyo cargo hizo dimisión por no tomar parte en las discusiones de carácter personal que entonces se suscitaban, y fué á Bilbao, y luego á Bur-

deos y Marsella, donde trabajó incesantemente por la propaganda libertaria, ganándose la subsistencia con su trabajo tipográfico.

En 1874 fijó su residencia en Barcelona donde se dedicó de firme á la propaganda socialista libertaria: fué miembro de la Comisión Federal de Federación Española «La Internacional»; fué nombrado al Congreso obrero internacional de París 1878, que fué dispersado por la autoridad. Al aceptar la Federación Barcelonesa y luego la Federación Regional Española el manifiesto de 23 de febrero de 1886 le nombró su representante para discutir en el Ateneo Barcelonés contra la burguesía; y en defensa de las reivindicaciones obreras, le nombró redactor del diario *El Productor* y delegado al Congreso obrero de Madrid de 1888. Contribuyó á la difusión de la idea emancipadora libertaria en toda la prensa obrera española, en multitud de artículos. Con motivo del tristemente célebre proceso de Montjuich, fué preso y pasó por los calabozos de la cárcel, de las prisiones militares de Montjuich y fué desterrado á Francia, residiendo una temporada en París, donde trabajó como corrector tipográfico español en Levallois Percet, y donde se relacionó con excelentes compañeros franceses.

Vuelto á Barcelona con la amnistía y vuelto también á su trabajo de difusión de las ideas, se asoció con Ferrer á la difusión de la enseñanza racionalista y tradujo al español casi todas las obras francesas de su biblioteca, entre las que descuella la obra monumental de Reclus *El Hombre y la Tierra*.

En 1902, por efecto de la huelga general planteada en Barcelona, fué preso, hallándose enfermo de la dolencia crónica del pecho que viene sufriendo hace años, haciéndole temer que sería fusilado en el trayecto de su casa á la cárcel en la triste lóbreguez de una noche fría y lluviosa de marzo.



Cuando la tragedia de Ferrer fué desterrado con parte de su familia á Alcañiz y Teruel, y en la actualidad pasa su tiempo encerrado en su cuartito, estudiando y escribiendo, sufriendo constante disnea y conservando siempre la integridad de su ideal, con fe razonada y positiva, en lucha siempre contra los atavismos fanáticos y los escepticismos egoístas.

Ha colaborado en casi todas las publicaciones obreras españolas, y especial y muy directamente en *La Solidaridad*, Madrid, *La Idea Libre*, id., *El Productor*, *Acracia*, *Ciencia Social*, Barcelona, *Tierra y Libertad*, Barcelona y Madrid, *Revista Blanca*. Su bagaje literario, diseminado en la fugaz hoja periódica, junto con sus folletos y conferencias y algún libro como *Via Libre*, *El Banquete de la Vida*, *El Pueblo*, *El Proletariado Militante*, publicado el primer volumen y esperando la continuación, formarían un conjunto verdaderamente voluminoso.

Es este el hombre que desde España dirige la colaboración europea en nuestra Revista. Nuestra pluma quisiera en esta ocasión cantar sus méritos, pero se lo vedan en primer término el propósito formado de ir desterrando de nuestras costumbres literarias ese afán del elogio que malogra entre nosotros las más brillantes capacidades, y en segundo, la súplica que el señor Lorenzo nos dirige al comunicarnos los datos que quedan consignados, para que respetemos el silencio de que él ha procurado rodear sus bizarros esfuerzos.

Cerca ya del descanso definitivo, este batallador por la Justicia aun mantiene su lanza, limpia de toda herrumbre, á la altura de su pensamiento.

Ante ella retrocederá todavía, quizá por muchos años, el brazo traicionero de la muerte.

Ese es nuestro deseo.

LA REDACCIÓN

## El Proletariado emancipador

La Asociación Internacional de los Trabajadores fué una organización compuesta de grandes grupos de obreros de todas las naciones, ó al menos de aquellas en que lo requería su evolución progresiva.

Su razón de ser estaba en la incongruencia existente entre los hechos sociales y las doctrinas religiosas, filosóficas y políticas; mansas, suaves, armónicas y humanitarias éstas, al decir de sus apologistas, y ferozmente crueles aquéllas.

Su objetivo consistía en atraer hacia sí á cuantos, víctimas de la injusticia, sin distinción de raza ni de creencia, aspirasen á la emancipación propia y á la justificación de la sociedad.

Sus medios eran la resistencia económica contra el capital en sus secciones y federaciones, y el estudio de la sociología elaborado en sus círculos,

formulado en sus congresos y difundido por sus periódicos.

Cuando en la prensa obrera, en las reuniones de propaganda y en los documentos oficiales emanados de los distintos organismos de la Asociación se hablaba de sus principios, de su vitalidad, de su fuerza y de su ideal, quería decirse, y así lo entendía todo el mundo, que aquellos atributos eran propios del proletariado en cuanto unido en un pensamiento, una voluntad y una acción se dirigía á la realización de un fin.

De modo que el proletariado, al grito de «¡trabajadores de todos los países, asociados!» lanzado por Carlos Marx, abandonó el atomismo insolidario que lo retenía en la esclavitud, y se constituyó en personalidad colectiva, y eso continúa siendo, y eso será hasta el día glorioso de su triunfo.

Disuelta La Internacional, no tanto

por las escisiones causadas por antagonismos personales, ni por la arbitrariedad gubernamental, como por el hecho mismo de la depuración de las doctrinas y la libre expansión de los actos, el proletariado continúa siendo la misma personalidad viviente, con un ideal cada vez más definido y con energías que progresan en valentía y decisión.

Levántese acta del nacimiento del proletariado militante, que viene al mundo á sustituir á aquel tercer estado, incapacitado ya para el bien, opuesto al progreso y que según la histórica frase de Sieyès «debía serlo todo».

Sobre la voz de las sectas que teorizaron la maldad en nombre de los dioses y justificaron el privilegio al amparo de las leyes, levántase la de los proletarios en todos los idiomas y en todas las latitudes declarando: «Los esfuerzos de los trabajadores para conquistar su emancipación no han de tender á constituir nuevos privilegios, sino á establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes»; «la tierra y los grandes instrumentos de producción y cambio deben ser propiedad de la sociedad universal, entregándose á título usufructuario á las colectividades productoras, científicas, artísticas, industriales y agrícolas»; «la herencia debe ser completa y radicalmente abolida, considerando esta abolición como una de las condiciones indispensables á la libertad del trabajo». Voz de la verdad, de la prudencia, del sacrificio, de la positiva esperanza, precursora de aquella solidaridad internacional que ha de dar á los hombres aquel modo de ser en que la palabra *Humanidad* tenga su sentido recto y completo de familia universal.

Consideróse como una gran desgracia la disolución de La Internacional, como si la emancipación de los trabajadores sólo fuera posible con los procedimientos de aquella asociación, sin tener en cuenta que el progreso, ley universal de la vida, por acumulación de tiempo, de sucesos históricos, de experiencia, de ciencia y de riqueza, no puede detenerse, como no se detie-

ne ni retrocede el curso de los siglos, ni se pierde el caudal de conocimientos por más que se pretenda secuestrarle en provecho exclusivo de una clase, ni se desvanece aquel conjunto de aplicaciones del saber á la satisfacción de las necesidades sociales ó individuales con que actualmente cuenta la humanidad.

La Internacional reveló á los desheredados, á los pobres, á los trabajadores, que tenían un derecho y que eran capaces de conquistarlo en lucha sostenida contra los usurpadores, los ricos, los explotadores; y además que los poderes tradicionales que les oprimen son la debilidad misma frente al ideal emancipador en cuanto éste se apoye en la voluntad decidida de realizarle por parte de los interesados en su realización.

Con esto La Internacional cumplió una importantísima misión: casi no pudo hacer más, y es indudable que si las luchas personales no hubieran apresurado los acontecimientos, la disolución también hubiera venido después de un tiempo de inútil esterilidad como resultado natural de la amplia base de tolerancia que tan simpática pareció en un principio.

Cuando ya pasado se considera el hecho, se reconoce que La Internacional fué una explosión de entusiasmo, precursora de la constitución del proletariado como entidad progresiva, que venía á enarbolar la bandera del progreso arrojada por la burguesía al fango de sus repugnantes egoísmos.

El proletariado actual es ya todo un poder que obliga á los gobiernos á hacerle concesiones, al mismo tiempo que contra él dictan todas leyes excepcionales.

Tarea inútil: restricciones ó concesiones carecen igualmente de eficacia. El poder proletario, resultado de un prestigio concedido por la crítica social más que por su organización y su positiva fuerza, avanza siempre y ha llegado á sentirse en el equilibrio de las naciones: hoy la diplomacia ha de tener en cuenta la posibilidad de una huelga general en el caso de una guerra.



Ya el trabajador no es esclavo impulsado por el látigo del capataz, ya no es el siervo adscrito al terruño como un accesorio de la propiedad; es el asalariado que, si vive de crear riqueza por acción para el propietario, es también el hombre libre que se concierta y solidariza con sus compañeros de trabajo para poner límites á la explotación patronal, para estudiar sociología y para realizar su emancipación ideal, y, siendo tan pobre que las privaciones le abruman, hará temblar un día á esos monstruosos poderes que disponen de escuadras y ejércitos formidables, porque tiene en su mano el

manantial de la producción: le basta con no acercarse al taller, á la fábrica, á la mina, al escritorio, á la estación, al laboratorio, al campo, ni llevar la producción al mercado.

Cuando tal acontecimiento ya previsto y temido tenga lugar, se hará algo más positivo que escribir una declaración de derechos del hombre, como hizo la revolución francesa; para entonces tiene señalado su fin la usurpación propietaria y el salariado, que serán sustituidos por la reorganización comunista de la sociedad.

ANSELMO LORENZO

## Educación física

No es nuevo el concepto de la educación física. Los más grandes pensadores de todas las edades y de todas las civilizaciones han disertado extensamente sobre esta materia, formulando máximas y preceptos encaminados á robustecer y embellecer el organismo humano al encarnar en la práctica los principios condensados en bellísimas teorías. ¿Qué más hermoso y más consolador para la especie humana que los medios y prácticas para asegurar la salud, la robustez y la belleza del cuerpo? Casi se puede asegurar, sin temor á equivocarse, que los sabios y filósofos modernos no hacen más que parafrasear los principios y máximas que habían concebido los filósofos antiguos, de conformidad con el conocimiento que la experiencia y estudio del cuerpo humano les había suministrado, con objeto de fortalecer y hermoear la vida. De todos es conocido el fecundo y bello principio de educación física, debido á los romanos: *Mens sana in corpore sano*, es decir, mente sana en cuerpo sano, que pone de manifiesto la íntima relación que existe entre las facultades mentales y el desarrollo físico, entre lo intelectual y lo corporal. Cuanto más sano, cuanto más robusto y equilibrado esté el

organismo físico, más equilibradas y potentes serán las manifestaciones de la inteligencia y más intensa, agradable y bella ha de resultar necesariamente la vida, y predispuesta á concebir y ejecutar ideas y pensamientos elevados y dignos.

Grecia, la culta Grecia, á la que los pueblos modernos han de volver la vista tomándola por modelo para las concepciones artísticas y aun para las científicas y filosóficas, había erigido un verdadero culto á la educación física. Un pueblo como el griego, con un sentimiento tan intenso de lo bello, no podía menos que dedicar preferente atención al desarrollo físico, corrigiendo los defectos del cuerpo y armonizando el desenvolvimiento integral de todos sus órganos, de acuerdo con la siguiente divisa: belleza, fuerza y agilidad. El gimnasio y los juegos olímpicos eran ejercicios destinados á conseguir esta hermosa finalidad.

Por lo que toca á nuestros sabios contemporáneos, que en materia de educación se ocupan, no hay uno siquiera que no dedique especial mención á esta importantísima rama de la educación general, considerándola como sólido cimiento del magnífico edificio de toda cultura humana. Consul-

tad las obras maestras que tratan de educación, y en todas hallaréis sendos capítulos, largas disertaciones consagradas á encarecer la importancia capital de la educación física, esto es, de la robustez, relaciones armónicas y desarrollo integral del organismo humano, y si hacéis abstracción por breves momentos de la organización capitalista y propietaria de la sociedad actual, que reduce á la mayor miseria á la casi totalidad de las familias obreras, tal vez pensaréis, en vista de tan bellas y sugestivas teorías, que la humanidad entera se ha emancipado del yugo de las instituciones jerárquicas, que por una conmoción revolucionaria como supremo esfuerzo realizado en el paroxismo del dolor engendrado por toda clase de miserias y tiranías, ha suprimido la pobreza, y, dueña de sus destinos, se ha dedicado con santo amor al florecimiento de la infancia, no descuidando absolutamente nada de cuanto los principios anatómicos, fisiológicos é higiénicos reclaman con científico imperio para que la vida infantil alcance toda la exuberante lozanía y vigor de que es susceptible, elementos básicos de generaciones sanas y fuertes, inteligentes y razonables que transformarán la faz de las sociedades. Parece como que la escuela se halle en posesión de los elementos económicos é higiénicos, y que el terrible problema de la miseria, con las pésimas condiciones de los alojamientos proletarios que son su escuela, esté ya resuelto á satisfacción de la ciencia y de la conciencia universal.

Las disertaciones de nuestros sabios pedagogos sobre la educación física, que implica sana y abundante alimentación, como exige una activa desasimilación y el crecimiento de los niños, vestidos adecuados y habitación confortable, nos parecen un sarcasmo y en extremo irónicas, hasta que la sociedad no haya modificado su manera de ser y se haya colocado, por una organización racional, en adecuadas condiciones para atender, como es justo y equitativo, las múltiples necesidades de la vida infantil, de confor-

midad con los dictados de la ciencia y el criterio de los racionalistas, que consideramos poco menos que imposible una reforma verdadera con toda la extensión que se merece la educación racional de la infancia.

Quizá alguien nos objete que la tesis que sustentamos y á grandes rasgos exponemos en lo que se refiere á la salud, belleza y fortaleza del cuerpo, fines que, como hemos dicho, persigue la educación física, sale del dominio de la educación general para entrar en el de la sociología. A los que así piensen les diremos que tienen un pobre concepto de la educación, y que no deben engalanarse, si así lo pretenden, con el modesto aunque nobilísimo, por más de un concepto, nombre de educadores. La educación es una vasta ciencia que exige el concurso de todas las ciencias biológicas, sociales y filosóficas si ha de cumplir á conciencia su cometido. El niño es un sér complejo, por desgracia poco conocido aún ni por padres ni maestros, objeto de grandes estudios cuya comprensión y tratamiento científico están reservados, es cierto, al porvenir, pero cuyas necesidades materiales son evidentes y reclaman perentoria satisfacción. Creemos y afirmamos que cuando se desea para el niño una verdadera educación, es necesario ante todo preocuparse de su vida aun antes de abandonar el claustro materno, y después de nacido rodearle de todas cuantas condiciones y cuidados sean precisos al desarrollo normal de su delicada existencia. Los que se imaginan que la escuela es el único y exclusivo lugar de donde tienen que irradiar todas las energías educadoras, están en un lamentable error, y si á sí mismo se llaman educadores y no procuran, para que la obra de la educación sea completa, modificar las condiciones del medio social, á fin de que sus discursos sobre el desarrollo armónico del cuerpo no sean estériles disertaciones por falta de apropiado terreno en que echen potentes y profundas raíces, cometen el grave delito de hipocresía y complicidad con todos los poderes sociales que



de consuno trabajan para impedir por todos los medios el gran día de las humanas reivindicaciones, en que la sociedad entrará en posesión de todos sus derechos, realizando en toda su integridad la gran obra liberatriz de la educación. Hasta tanto no llegue ese dichoso día ó feliz período, todo hombre de sentimientos humanitarios que se interese por el bien de la infancia, por su educación, por su bienestar físico, tiene el ineludible deber de trabajar con constancia para modificar en sentido racional, no sólo los procedimientos pedagógicos en cuanto lo permitan las condiciones sociales del presente, sino también atender con energía á la condición material de los niños, luchando denodadamente para cambiar el medio social hasta adaptarlo á la satisfacción de nuestras necesidades materiales, único medio de garantizar la salud y embellecimiento físico de los niños, que es base positiva de su engrandecimiento moral.

El concepto de la educación nos lleva como por la mano á penetrar en lo más íntimo de nuestra constitución social. La educación será grande cuando sea grande y digna la organización social. Cuando hayan desaparecido los prejuicios y errores tradicionales que informan las diversas instituciones en que se asientan las jerarquías con sus consubstanciales privilegios, la educación intelectual será noble y digna porque descansará en la verdad científica, estableciendo una relación verídica y armónica entre las representaciones mentales y los objetos del orden físico que forman el contenido de las ciencias que versan sobre la naturaleza. De su trabazón y enlace en una síntesis general que abarque la explicación de los fenómenos naturales y de las causas que concurren á su producción, así como de sus aplicaciones á la vida compleja del organismo so-

cial, surgirá la verdadera filosofía natural, que con sus sanos y desinteresados consejos, con sus reglas deducidas de la experiencia nos orientará por el verdadero sendero de la vida, sin luchas fratricidas entre pueblos hermanos, promovidas por la ambición y necio orgullo de los poderes sociales. Entonces, sólo entonces, cuando hayan sido eliminados los privilegios económicos que implican abundancia para unos y escasez y miseria para los demás, la educación física se realizará y serán un hecho vuestros bellos discursos, sabios pedagogos, encarnarán en la práctica vuestras elegantes y magistrales apologías de la educación física, que quiere la esbeltez, la pureza de líneas, el vigor del cuerpo físico, la salud y fortaleza que caracterizarán á las razas viriles reservadas al porvenir. Estas razas fuertes y bellas de cuerpo y espíritu por una educación concebida por inteligencias en pleno desarrollo, bajo los auspicios de una civilización igualitaria y justa, no se dejarán arrebatar fácilmente sus derechos, no se doblegarán al yugo de ninguna esclavitud. Por eso todas las fuerzas sociales trabajan de consuno para detener y sofocar cualquier progreso que favorezca la educación intente; por eso vosotros, sabios pedagogos, sabiendo que vuestros bellos discursos y elocuentes disertaciones están destinadas á no traspasar los linderos del libro que los contiene, no os subleváis contra la sociedad actual para allanar el camino á vuestras reformas, porque estáis bien, porque habéis llegado á lograr cierta consideración entre las gentes distinguidas y no padecéis tan intensamente el acicate de la miseria.

JOSÉ CASASOLA \*

\* Profesor racionalista español. Fué el primer maestro de la Escuela Moderna de Barcelona fundada por Francisco Ferrer Guardia.

#### PENSAMIENTO

Sin la existencia de factores no se concibe el producto que de la nada surja algo; es un absurdo inconcebible. Decir, pues, que Dios hizo el universo de la nada, es convertirle en autor de una aberración. — MARIO ZENIT SURTE.

## La enseñanza religiosa y la infancia

«Nada tan criminal como aprovecharse de la inferioridad del niño para sembrar en su cerebro los gérmenes del error», ha escrito Ingersoll, un ilustre pensador americano.

No suele pensarse en el daño que se causa á los niños y á la generación de que han de formar parte, imponiéndoles ideas preconcebidas, absolutamente falsas, que no pueden comprender ni discutir, pero que penetran profundamente en su cerebro, de donde es casi imposible desarraigarlas después, debido á que el cerebro y el corazón de un niño son el cerebro y el corazón del hombre virgen de quien ha dicho Alfredo de Muset:

«El corazón del hombre virgen es un vaso profundo; cuando la primera agua que en él se vierte es impura, toda el agua del mar es insuficiente para lavar la mancha, porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo».

Llégase alguna vez á lavar la sombría mancha que nos aleja del máspreciado bien que pueda poseer el hombre, el conocimiento de la Verdad; pero ¡qué luchas interiores! Todos los que han recibido una instrucción religiosa y han logrado después emanciparse de ella, pueden hablar de las angustias que precedieron á la victoria. ¿Y los que han sucumbido en la lucha? ¿Y aquéllos, mucho más numerosos, que no han sentido la necesidad de luchar? Sin contar los grandes hombres como Galileo, á quien hizo caljar la amenaza del tormento, ¿no hemos visto á un Newton y un Kepler sombreando una carrera brillante por la sumisión servil á las preocupaciones religiosas arraigadas en sus cerebros desde la infancia: el primero tratando de conciliar sus maravillosos descubrimientos con las locuras del Apocalipsis, el segundo atribuyendo á unos ángeles directores el cuidado de dirigir los movimientos planetarios cuyas leyes había descubierto él mismo? Y en nuestros días, no hemos visto dos

hombres de genio lanzarse á la defensa del cristianismo? Y á fe que lo hacen de una manera verdaderamente curiosa.

El uno, Russell Wallace, el gran naturalista que participa con Darwin de la gloria del descubrimiento de la selección natural, ha basado su defensa sobre condiciones de orden astronómico, y en su libro *El lugar del hombre en el Universo* ha probado que era tan mal astrónomo como buen naturalista; su defensa de la teoría heliocéntrica, según la cual nuestro sistema solar ocupa el centro del Universo, demuestra que desconocía completamente los principios más rudimentarios de la mecánica celeste.

El otro, lord Kelvin, que acaba de morir y que indudablemente era el físico más notable de nuestra época, admitía cándidamente en sus disertaciones religiosas que era imposible hallar en las ciencias físicas el menor signo de un poder creador ni siquiera director... pero á continuación añadía que la biología se encargaba de darnos pruebas evidentes de la existencia de un sér supremo. Y la biología era precisamente—nadie lo ignora en Inglaterra—la ciencia que menos conocía lord Kelvin.

¡Y qué diremos de Pasteur, de quien los santurrones se muestran tan orgullosos, porque proclamaba su fe católica entre dos experimentos microbianos! ¿Era el estudio de las propiedades devastadoras de esos focos vivientes de epidemias mortíferas lo que le inspiraba la admiración por la bondad infinita del creador de todos los seres vivientes, del hombre lo mismo que de la bacteria?

Hay ciertamente hombres de genio y también hombres de mediana inteligencia que han podido abrir los ojos á la razón, gracias á la constitución especial de su organismo, ó á las condiciones del medio en que han vivido; pero los ejemplos citados prueban su-



ficientemente cuán difícil es al hombre maduro en general desembarazarse de las preocupaciones religiosas que se le inculcaron en la infancia.

Se nos objetará que deberíamos comenzar por demostrar que inculcar al niño principios religiosos, equivale á sembrar en su cerebro los gérmenes del error.

La demostración es fácil. Los mil quinientos millones de seres humanos que habitan nuestro planeta pueden distribuirse, en concepto religioso, de la manera siguiente: 400 millones de budistas, 400 millones de cristianos, 250 millones de bramanistas, 250 millones de paganos y 200 millones de mahometanos. Pero si contamos las sectas y las subsectas de cada uno de

esos grupos principales, veremos que hay en el mundo más de mil dogmas religiosos. Admitiendo que no todos sean falsos, sólo uno puede estar conforme con la verdad, por ésta única. Luego, dando al niño enseñanza religiosa, hay á lo menos novecientas noventa y nueve probabilidades sobre mil que se abuse de su debilidad para arraigar el error en su cerebro.

Es, pues, una de las glorias de la Escuela Moderna haber desterrado de su programa, no sólo la enseñanza de una religión, sino la enseñanza religiosa en general.

F. TARRIDA DEL MÁRMOL.\*

\* Publicista sociólogo y elocuente orador americano.

## Conversemos

### A los obreros

#### II

Ya, ya sé que mis palabras van á herir á fondo, con inaudita irreverencia, muchos de vuestros empecinamientos más tenaces que juzgáis robustas convicciones. Ya sé que á mis acentos subversivos contra tantas esclavitudes que os oprimen fingiendo aprovecharos, responderéis vosotros—y con vosotros todos los hombres que ahora os rinden el necio tributo de sus efímeros afectos—con las más destempladas acritudes. Pero ¡ay, hermanos! la voz de la sinceridad con que os exhorto no ha de menguar por eso sus claras vibraciones; y habréis de comprender al cabo, que sólo es digna de vuestra consideración la austera verdad que azota las conciencias extraviadas, antes que la mentira vergonzante que adula y enaltece las humanas debilidades.

¡Con qué perversa intención os hablan vuestros improvisados conductores, de escalar los altos puestos políticos desde los cuales se contempla el hervidero de tantas intrigas que batallan al pie de los torreones del poder!

¡Con qué falta de honradez os invitan á los festines del erario público, esos políticos de oficio que en vuestra felicidad nunca han pensado, y que tan sólo aspiran á navegar con rumbo á su fortuna sobre el ondeante mar de vuestras espaldas encorvadas!

Se quiere que ayudéis siempre, sin daros de ello cuenta, á mantener artificiosos y vacilantes organismos que sin el sostén de vuestras mal empleadas energías, caerían á la postre bajo los pies de la gran fuerza trabajadora emancipada. Y para ello se os despierda una esperanza inmoral: la de llegar á disfrutar también vosotros de ese tesoro que se forma con los constantes despojos sufridos por los pueblos.

Para vosotros ¿qué representa el Estado? Una colectividad de hombres que se dicen ilustrados porque creen serlo únicamente, aunque no lo sean bastante para comprender que el amor, que la solidaridad, nacidos de una convicción bien arraigada, son los únicos lazos capaces de producir y soste-

ner con dignidad para los hombres ese estado social de orden y respeto que en vano han tratado de establecer las leyes en el mundo. Una agrupación de individuos que se dicen iniciados en los trascendentales arcanos de ese arte incomprensible de domar las ingénitas altiveces humanas, y que han encontrado una amable y productiva ocupación en el manejo y reparto del dinero que la ley extrae violentamente del bolsillo de los ciudadanos. Un círculo privilegiado y arrogante que en la obra de su conservación emplea todos los medios, aun aquellos violentos y brutales contra los cuales clama indignado el pensamiento humano. Una mano fuerte que os despoja lenta, suavemente, y luego os oprime y os ahoga si no tenéis la energía necesaria para resistir á sus abrumadores impulsos.

Y el Estado no evoluciona jamás. En él se ha refugiado ese espíritu de conservatismo que el progreso va venciendo en las esferas sociales más modestas y allí se parapeta y se hace fuerte y opone á todas horas resistencia á toda renovadora iniciativa. No hay que esperar, pues, en los Gobiernos, eximios representantes del Estado, el grado de ventura social que ambicionamos. Ellos seguirán siendo exclusivistas, arbitrarios, inhumanos, hasta el último día de su existencia en que el glorioso concierto de todas las voluntades de los hombres, se alzará triunfante sobre las insensatas preocupaciones que han imprimido inciertos rumbos á la sociedad actual.

Al hablaros así, no vayáis á creer que trato de encender en vuestros corazones la hoguera de las violencias temerarias. Tengo fe en la persuasión dulce y tranquila que flota en el naufragio de las impetuosidades delirantes, y ansío apagar con ella en vosotros esa sed de mando y de botín, único móvil que puede impulsar hoy á los *hombres en el oscuro sendero de la*

política. Si sorprendierais á algunos de esos flamantes estadistas que os deslumbran con el oropel de su elocuencia, en uno de esos ratos de íntima sinceridad que todos tenemos—cuando grita la conciencia hasta hacerse oír de nuestro frívolo y vanidoso pensamiento—comprenderíais el fondo de verdad que encierran éstas que ahora se os antojan lúgubres fantasías. ¿Por qué, pues, ha de seguir por tal camino quien tiene el vigor y el sentimiento necesarios para librar con honor é independencia las esforzadas contiendas de la vida?

¡Honor é independencia os dije! Sí. ¿Conocéis por ventura alguna independencia efectiva que no se base en las gratas y severas prácticas de la honradez?

No la conocéis ¿verdad? No, porque la independencia moral del individuo sólo puede vivir entre la paz grande y excelsa de una conciencia sin mancha.

Pero... ¿por qué bajáis desconcertados la cabeza, como abrumada bajo el fardo de íntimas y dolorosas confesiones?

¡Ah, ya comprendo! No cultiváis el respeto de vuestra conciencia con el empeño que debierais. Gastáis buena parte de vuestro dinero en las tabernas y afemináis el carácter en holganzas y placeres denigrantes. El trabajo os pesa como una maldición en vez de pareceros la bendición con que la vida llena de inefables satisfacciones esta breve jornada por el mundo, porque vuestra voluntad se va agostando por falta de austeridad y de amor.

Escuchadme, compañeros, y levantad esas frentes que ha abatido el vendaval de mi reproche. Largo es el camino y lo andaremos juntos. Alumbraré todos los pasos con la débil lamparilla que puso el esfuerzo entre mis manos.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN



## Ideas y opiniones

### Intermezzo poético

Á los verdaderos amigos del arte verdadero, á los que saben comprender el valor de un artista por lo que ese artista ha llevado á cabo, ha venido á causar una gran tristeza la idea que algunos jóvenes tienen de dedicar á Rafael Angel Troyo nada menos que una corona fúnebre, es decir, un libro sin nada dentro, escrito sin el fuego y el tumulto de alma que caracteriza otros libros; puesto que las coronas fúnebres se escriben así para echarse á sí mismo un poco de gloria hablando del muerto, llamando la atención de los demás hacia la propia individualidad que sabe llorar en público con frases diluidas, dulces, escritas en tono menor, saturadas de voluptuosidad blanda y de murmuración callejera porque quien habla del hombre muerto no se contenta con decir lo que le parece la obra suya, sino que cree indispensable decir que fué su amigo íntimo, que comieron juntos en tal parte, que el artista los distinguía con distinciones que á nadie concedía, en fin, que ninguno mejor que ellos podría escribir un estudio sobre él.

Son artículos cortos, con muchas flores, con muchos recuerdos, con muchas lágrimas que irán á mantener siempre vivas las rosas que crecen en la tumba del Poeta la cual ninguno de ellos conoce porque está muy lejos y porque nadie los vería si fuesen á visitarla, razón ésta la más importante de todas.

Ahí, en aquellas páginas no se sentirá un verdadero grito de corazón herido sinceramente, ni tampoco se sentirá la triste compasión por los que quedaron, por su joven esposa y por sus inocentes niños.

Será un asalto más dado á la gloria callejera con deseos de ser el que mejor llore al Poeta ido. La prosa y los versos de ese libro estarán saturados de bálsamos y jabones perfumados, los

mismos que los autores usaron para elogiar á otros, por otras razones.

Para Rafael Angel Troyo no se necesitan coronas fúnebres; su mejor corona la constituyen sus obras; leedlas una por una, con el encanto que se merecen, estudiadlas con cariño, no con ese cariño mentido que todos juran á quienes no pueden responderles, analizadlas con entusiasmo y veréis que Rafael Angel está muy por encima de esas ridiculeces. Si lo amáis, si lo estimáis un poco, no ayudéis á consumir ese delito de lesa majestad, no permitáis que se ensucie el nombre de Rafael Angel Troyo con lágrimas que más parecen siropes muy azucarados.

La satiriasis sentimental y vanidosa no debe dejarse desbordar en ese sentido. Debemos recordar que para hablar de Rafael Angel Troyo es preciso vivir más en íntima comunión con las cosas sencillas, armoniosas y más que todo internas que llenan sus libros. De él no se escribe como se escribe de una señorita, «botón tronchado al empezar la jornada de la vida» ni como se escribe de cualquier hombre que deja la existencia; Rafael Angel fué un artista y como artista hay que tratarlo. Es verdad que en los troncos de las encinas—en lo único que ellas no pueden sacudir con fiereza como sacuden sus ramas—nacen y crecen hongos que se hacen cada vez más hermosos con la savia robada á traición; en nuestro caso toca á los hombres sinceros, á los que verdaderamente han sentido la desaparición de Troyo, eliminarlos.

Quiéren hacer creer que lloran al poeta cartaginés como si los hechos no los estuvieran desmintiendo. En todas partes he visto coleccionados, en casas que valen muchísimo más que museos, todos los libros, papeles y cartas que pertenecieron á un poeta, á un prosista, á un pintor, en fin, á un artista desaparecido. Aquellas colecciones son

verdaderas reliquias que todo ciudadano inteligente venera porque sabe lo que representan: una vida de emociones, de trabajos, de inspiraciones delicadas.

Y aquí, los mismos que hoy escribirán sendos artículos elegíacos en honor de Troyo, hace algunos meses, á raíz de la desgracia, permitieron que la biblioteca del poeta se vendiese á lo que dieran, que se pisotearan las cartas que al artista habían dirigido otros artistas, que se asaltaran aquellas reliquias para llevarse, cada uno, el libro de más fama, cuando no el libro mejor empastado.

Se lo llevaron todo, mejor dicho, casi todo porque yo mismo he encontrado algo de lo mejor de la biblioteca de Rafael Angel tirado bajo los anaqueles de una tienda de mala muerte en los alrededores del Mercado; se lo llevaron todo, no porque era de Troyo, sino porque eran muy baratos, porque se podía obtener Lugones por una peseta y Darío por otra peseta y ambos con autógrafo.

En aquel momento debía haber habido alguien que llamase la atención de los demás, alguien que sin venirnos á

llorar ahora, después de ocho meses, la muerte del poeta, hiciese un llamamiento á los intelectuales de Costa Rica para que no se dejase desbandar todos aquellos libros, todos aquellos autógrafos, todos aquellos originales.

Nadie lo hizo. Nadie quiso hacerlo porque nadie creyó á Rafael Angel merecedor de esa distinción. Y ahora lo creen digno de una corona y los mismos que no hicieron aquello, tal vez los mismos que en un tiempo hicieron insinuaciones acerca de la paternidad de las obras de Rafael Angel que ellos atribuían á Justo Pastor Ríos, esos mismos escribirán largos artículos llorones, á manera de epitafio sobre la tumba recién abierta del poeta de Cartago.

Y se quedarán tan orondos creyendo haber cumplido un deber de humanidad y esperarán una cartita de la viuda y de los hijos del Poeta en la que les darán las gracias por haber recordado á Rafael Angel, á ese Rafael Angel que, á pesar de todo, muy pocos han sabido comprender.

JOSÉ-FABIO GARNIER

## PÁGINAS LITERARIAS

### Los obreros

Bajo la aurora roja que clarea,  
por el camino blanco de la aldea,  
desfilan los obreros en cuadriga...  
resignados y mudos, los colosos,  
dejan colgar los brazos poderosos  
al azar de la marcha y la fatiga...

Tienen perfiles anchos y salientes,  
el cabello les cae sobre las frentes,  
las espaldas son bloques de cantera,  
y cuando están dispersos y distantes  
se recortan al sol como gigantes  
que marchan al asalto de una hoguera.

Ante ellos, entre tules de neblina,  
alzan las chimeneas de la usina  
sus dos brazos de sangre coagulada,  
y en la amarga tristeza del paisaje  
aquella oscura muchedumbre en viaje  
parece una gran fuerza maniatada.

Deja tras ella muerto el caserío  
donde tiritan de dolor y frío  
las mujeres, los niños, los ancianos...  
... Al obrero que vuelve la cabeza  
se le anegan los ojos de tristeza  
y se le crispan sin querer las manos...

Pero por sobre el ala de amargura,  
que cubre como un techo la llanura,  
flota una claridad deslumbradora...  
Es la esperada redención que viene:  
entre las manos, como cetro, tiene  
las fulgurantes llamas de la aurora.

Y la oscura y doliente caravana  
entonando los cantos de mañana  
entra á su cueva negra de dolores,  
como una tempestad hecha poeta  
que estallará al final sobre el planeta  
en una colosal lluvia de flores.

MANUEL UGARTE \*

\* Joven y distinguido poeta argentino.



## Carne de miseria

Ahora me pregunto y no sé por qué, hoy, de pronto, cuando estábamos en la clase de lectura, la recordé y levanté mis ojos hacia el lugar vacío. Sigue el banco abandonado, sólo; ya ella, mi pobre chiquilla, no volverá á ocuparlo. He sentido como si de allí saliera una bocanada de silencio, de un silencio de tumba que ha llenado mi alma de pena.

Mi libro, mis discípulas inclinadas sobre los suyos, el rumor agradable que formaban sus vocesitas al confundirse, todo se extinguió para mí, ante aquel recuerdo que tan á menudo descende y cae entre la sala como una lluvia de tristeza.

\*  
\* \*

El día aquel!

Afuera el sol tan brillante, las montañas tan azulitas, el cielo tan puro y nosotras tan contentas. Yo reía y las pequeñas hacían coro.

—Hoy es un buen día, me decían. ¡Qué ganas de trabajar!

De pronto entró Mencha, con su aire de triste triunfo, que tiene todo aquel que llega de primero con una noticia, por más dura que sea.

Me parece oírla, descargando como un puñetazo que atonta, la nueva triste.

—Murió Rosario!

Nadie contestó. Todas las cabezas se inclinaron agobiadas por aquel dolor.

La campana sonó, llamando á trabajar.

En la sala reinaba una calma desconsoladora.

—Mejor que haya muerto, dijo una acercándose á mí.—¡Estaba tan enferma!

Sus palabras cayeron entre aquel silencio y se perdieron en él.

Miré á mis discípulas. Todos los rostros estaban pensativos. Casi todas las cabecitas descansaban en las manos.

Volví los ojos al lugar abandonado,

sobre el cual flotaría de aquel día en adelante la sombra de la muerte. La desolada procesión de miradas de mis discípulas siguió tras las mías. —«Nunca más la veremos aquí sentada»—dijeron aquellos ojos.

La que había sido su compañera, estaba toda encogida en el extremo del banco y miraba con recelo á su lado.

—Recuerdan—dijo una—tan pálida y flaca que estaba?

—Nunca jugaba—añadió otra—siempre silenciosa y quietecita. Nosotras la convidábamos, pero ella no quería. No puedo—nos decía—se me doblan las piernas.

Ah! sí, la pobre figura flacucha y triste! Aquella cabeza que se abría como una flor de miseria entre las encantadoras cabecitas rientes de sus compañeras, estaba ante mí, con sus cabellos lacios enmarcando el rostro amarillento y arrugado como el de una viejecilla; los ojazos hundidos, mirando con su mirada apagada, cual dos llamas que se concluyen; la boca entreabierta, de labios exangües, enseñando los dientes amarillentos, largos, y las encías pálidas.

—Rosario, triste chiquilla, tu niñez se acabó sin que la mariposa de la alegría, hubiera venido á posarse sobre tu corazoncito!

Me parecía verla, en los ratos de recreo, apoyada en un árbol, mirando con sus grandes ojos, jugar á sus compañeras. A veces su rostro se animaba, y sonreía al mirar algunas travesuras de las niñas.

—Por qué no juega, Rosario?

—No puedo. ¡Qué va!

Yo entonces sentía que me sublevaba contra alguien, contra la naturaleza. —¡Qué triste era aquella caricatura de la niñez!

A menudo, en medio del silencio de la clase de escritura, resonaba su tocetita seca que la dejaba sin fuerzas. —¡Cuánto sufría yo entonces al

ver aquel rostro flaco, congestionado, mientras las manecillas descarnadas y largas se agarraban ansiosas de la mesa.

Por fin, no había vuelto á la escuela.

La última vez que la ví, fué en la calle. Regresaba yo con mis discípulas de un paseo.—¡Qué contentas estaban las chiquillas, corriendo y gritando por la polvorienta carretera!—Rosario venía con su madre. Todas la rodeamos. Yo sentí una inmensa pena al verla. Pronto se nos va—pensé—la enfermedad está ya acabando de comérsela.

El contraste hacía sentir deseos de llorar. Me pareció un pajarillo herido entre una bandada de los suyos que aleteaban y cantaban.

—Adiós, me dijo, con su voz débil, estrechando mi mano entre las suyas calenturientas.

Nos alejamos. Yo volví el rostro varias veces para mirarla. Jamás la olvidaré: claudicaba tras su madre... La figurita doliente se perdió á lo lejos...

\* \*

Hasta aquel doloroso día en que el lugar vacío en un banco me decía con su lenguaje sin voz que su pequeña dueña dormía en el cementerio, no comprendí cuánto me eran queridas las chiquillas que tenía ante mí.

Mis ojos las acariciaron llenos de amor.

Primero á Graciela, la descamisadilla encantadora, con su faldita tan seria y su pequeña camisa que le dejaba los brazos y el cuello desnudos. Pobrecita! Ese día su rostro picaresco, estaba triste. Sus ojitos parlanchines, mudos...

Más allá, como un gironcillo de noche, la cabeza de Emily, la *chumequita*, como por cariño le dicen algunas veces sus compañeras, con la cara grave y los ojos húmedos, llenos de melancolía. Rosa, aquella morena liberiana, tan simpática, la más inteligente de todas, no enseñaba

como de costumbre la mazorca brillante de sus dientes blancos. No se oía la charla de pajarillo de Clara ni las risitas sofocadas de Ana María. Todas... todas habían enmudecido. ¡El lugar vacío! ¡La compañera ida!

Fuimos á verla muerta!

En medio de la sala de paredes ahumadas y techo ennegrecido, estaba el ataúd blanco y dentro de él Rosario. Le habían puesto un vestido de una tela brillante que hacía más visible la tristeza de su rostro envejecido por la enfermedad. Ciñéndole la frente, tenía una corona de rositas blancas. La luz amarillenta y temblorosa de una vela, caía sobre la descarnada faz y hacía pasar sombras por ella.

La madre hablaba mucho, con un tono monótono, sobre la enfermedad de su hija. Su dolor no parecía muy grande. Era una mujer pálida, delgada; seguramente estaba muy enferma. El padre tenía el rostro hinchado y olía á alcohol. A un lado del ataúd jugaban los hermanos de Rosario. Eran unos chiquillos anémicos, tan tristes como ella.

Yo sentí deseo de gritar á aquellos padres: ¿con qué derecho hacéis hijos así? ¿No véis que es carne con que se alimenta la miseria?

A través de la puerta abierta veía el cielo gris dejando caer sin cesar hilos de lluvia.

Yo pensaba obstinadamente: esta noche Rosario descansará bajo la tierra y la lluvia teleará sobre ella su música monótona.

\* \*

La campana sonó. Las niñas se levantaron riendo y jugando. Yo las miré salir, mientras mi pensamiento estaba en un rincón del cementerio, cubierto de brotes de hierba, bajo el cual descansa Rosario.

CARMEN LIRA \*

\* Es este el nombre literario de Marisabel Carvajal, el más delicado de nuestros pensamientos femeninos.



## CRÓNICAS SOCIALES

### Los idolillos escandalizando!

Pequeño zipizape el que se ha armado con esto del *jaranón* que pesa sobre *la tradicional elevación de carácter del pueblo costarricense!*

La cosa se ha puesto verdaderamente *trágica!* Y todo á causa de este divino fuego del patriotismo que eleva los corazones y enciende las almas hasta el rojo blanco.

\* \* \*

Latigazo formidable el que ha cruzado el rostro de los *padres amorosísimos* de la Tiquicia, marcando en sus frentes el estigma que ostentan "los indignos habitantes del Cáucaso que comercian con la carne de sus hijas en los mercados constantinopolitanos!"

(Se advierte bien claramente el hábito de derribar de un solo golpe. Dígalos si no aquel terrible, «que los muertos entierren á sus muertos,» que amontonó, á la vera del camino, al más ágil de nuestros eminentísimos políticos.)

¡Malhadada actitud!

Lanzar estos apóstrofes, hablar de *pueblos abyectos que no merecen sino el desprecio que inspiran las humanas podredumbres*, y abrirse las cataratas del cielo, todo fué uno. En menos que canta un gallo se desplomaron las *grandes columnas* que sostienen el carcomido edificio de la Nación!

Amor sagrado de la Patria, cómo transformas á los hombres en héroes y... y los expones á la vergüenza pública.

\* \* \*

Una de aquellas columnas, convertida en pistón de bombero, arrojó ácido muriático mezclado con extracto concentrado de ironía al 20%; transformada en trompetín de zancudo, zumbó el caso aquel de «los que no le buscaban tres pies al gato; que conocían bastante los gatos de su tierra, no ignoraban cuántas patas tenían y

aun podían señalar la pata de que cojeaban». Aquel trompetín sabía de «intereses personales ó políticos y de intereses patrios; de mercaderes que ven amenazados sus preventos y políticos espectadores para quienes se presentaba la ocasión oportuna de zapar reputaciones ó fundamentar esperanzas; del amor santo que sienten por la Patria los que no tienen rentas que acariciar, ni caudales políticos que atender!

¡¡Sabía de claudicaciones!!

Tras la dentellada de *aquella zorra* siguió el zarpazo de un lobo de costa, que abandonó su guarida, acurrucada á la sombra de un cocotero, para presentarse, — sin ser llamado, — á este *certamen patriótico!*

Qué mordiscos! En un todo proporcionados á los que él no pudo hincar en los ricos pasteles de coco que acarició su rosada fantasía!

En la refriega casi no queda títere con cabeza; *hasta un oso hormiguero, cuya lengua gelatinosa conoce todas las galerías de la política de topo*, hubo de salir contuso. El inocente y cándido animalito lanzó un grito de dolor y dijo algo oscuro, muy oscuro, que sólo entendió el terrible *moloso* que *esperaba turno para lanzarse contra el enemigo común, defraudador de esperanzas!*

El valle todo escuchó, estupefacto, una historia completa de compromisos de una candidatura, compromisos de otra; bajezas aquí, bajezas allá; medros por este lado, medros por el otro, y se quiso hacer ver, en medio de aquel campo de miseria y de vergüenza, á un hombre con la cruz de la más egoísta ambición personal á cuestas!

Sobre el montón anónimo, plataforma eterna donde exhiben sus cinismos los saltimbanquis, titiriteros y prestidigitadores, ambiciosos y miserables, rugía la tempestad; un velo de tristeza cubría la Tierra!

De la boca de aquel fetiche brotaban los más estupendos horrores, argumentaba en jerigonza política, amenazaba, gesticulaba; estaba rojo como el Mefistófeles del melodrama! Todo esto no impedía que á cada instante protestara de su *desapasionamiento* y desinterés. Según él su pensamiento bogaba sobre el mar de la serenidad y delante sólo tenía la imagen augusta de la Patria!

Valiente serenidad y valiente patriotismo!

Tras esta columna tempestuosa é iracunda se desplomó otra mansa y apacible. Marchaba á ciegas la pobrecita! Pidió, por Dios, que pagáramos, que pagáramos *lo que todos debíamos!*

Disfrazado con piel de oveja, se hizo oír otro fetiche: habló del reducido número de los *escogidos* habiendo sido tan grande el de los *llamados*.

De sus labios recogimos este lamento: «están verdes, están verdes.»

Tocó su turno á un buey manso: pidió *pax multa* entre los príncipes devotos del *antiguo* y los del *nuevo testamento patrio*.

La multitud, indignada al recuerdo de sus afrentas, hizo el vacío al rededor de unos fariseos que por asalto tomaron la tribuna. Las palabras de estos hipócritas se perdieron en la inmensidad del desierto.

\* \* \*

Volved idólatras á vuestros hogares! Meditad ahí un instante; usad de la reflexión y contestáos esta pregunta: quiénes son más repugnantes, los simples que permanecen de rodillas ante estos muñecos de trapos llenos de soberbia, ó los muñecos mismos?

SALOMÓN CASTRO.

## El silencio... Parlamentario

Por absurda que parezca la unión de esas dos palabras, tiene su justificación práctica.

Juzgue el lector:

Un periodista obosevador, á caza de amenidad y novedades, ha descubierto que en el Reichstag hay cuarenta y tres diputados que desde las elecciones de 1907 no han tomado una sola vez la palabra.

Entre ellos hay cinco que, formando parte del Parlamento desde 1893, no han pronunciado todavía su *maiden speech*.

Tres de esos acérrimos abstencionistas de la palabra pertenecen al grupo conservador, uno es miembro del partido del imperio y el otro pertenece al centro.

Entre todos esos diputados cartujos, de quienes se sabe que no han hablado desde tal fecha pero se ignora si habrían hablado antes, sobresale un diputado conservador, verdadero mudo Parlamentario, que, perteneciendo al Reichstag desde 1882, no ha sentido una sola vez la necesidad de dar libre curso á su elocuencia.

Evidentemente los electores de tal fenómeno estarán contentos con él por sus votos y sobre todo por el ahorro de disparates, sofismas é hipocresías logrado con su silencio.

Con ese diputado fenómeno se prueba que si la elocuencia es de plata el silencio es de oro, y que si no suele causar remordimiento el haber callado alguna vez, son infinitos los que han de arrepentirse por haber soltado la sin-hueso.

Y no se diga que el no hablar significa incapacidad, porque se sabe que Newton, el gran Newton, representante en el Parlamento británico, sólo habló una vez, y su discurso tuvo por objeto pedir que se cerrara una ventana que producía una molesta corriente de aire.

En nuestro Congreso, y frente á los más trascendentales problemas económicos, hay una mayoría que guarda en las arcas de la conveniencia el oro de su palabra. Ese oro no gastado, acaso sirva para forjar mañana los barrotes de una jaula para las nuevas generaciones costarricenses.